lución de pedir á los superiores le mandaran á las misiones de Indias, á fin de que lejos de sus parientes no pensara en otra cosa sino en extender la divina gloria. Puedo asegurar con juramento que, en todo el tiempo que viví con él, observé en Gabriel virtud más que ordinaria, por lo cual nuestro maestro de novicios nos lo recomendaba cual modelo digno de imitacion.» Hasta aquí el P. Doria.

Tal era, en efecto, el concepto y estimación que de las virtudes del joven Malagrida tenían cuantos le trataban. Y porque cosas mayores nos aguardan, concluyo este capítulo diciendo que terminados los dos años de noviciado, hechas á satisfacción las pruebas por el Santo Fundador prescritas, tuvo el inefable consuelo de ligarse con Dios por los votos simples de religión, resuelto á vivir y morir en la Compañía de Jesús defendiendo como valiente soldado el reinado de Jesucristo.

CAPÍTULO IV.

Estudios y magisterio del P. Malagrida. — Su embarque para el Marañón.

Hechos los votos religiosos del bienio, á saber: los de pobreza, castidad y obediencia, fuele preciso dejar el noviciado y volver á los estudios repasando por de pronto las humanidades, que con tan feliz éxito había cultivado en el seminario de Como. Partió, pues, para su nuevo destino de aquella escuela de abnegación y desprendimiento, de su corazón tan querida, mas no sin llevarse consigo, como rico tesoro, que debía guardar hasta la muerte, el fervor adquirido en la cuna de la vida religiosa. Puesto otra vez entre libros, pero muy atento á la observancia de su regla, dió tales muestras de doctrina y gusto literario, que elevó mucho el encubrado concepto, que todos tenían formado de su estudiosa habilidad, mas con tal sencillez y modestia que se echó bién de ver no se habia entibiado en él en grado ninguno el amor de las virtudes sólidas con el fervor de los estudios, frio pretexto de almas tibias, poco celosas de su espiritual aprovechamiento.

Escribe el mismo P. Doria: «Siempre que volví á ver al P. Malagrida, como siempre que

de él oí hablar, me confirmé más y más en la opinión de que era un religioso perfecto.» Buenas pruebas dió de ello durante toda su vida, enteramente ajustada á las menores prescripciones del Instituto. Aplicado de nuevo al repaso de las buenas letras, persuadido de que nada podía hacer más agradable al Todopoderoso que vacar á ellas con todo ahinco para hacerse apto instrumento de la divina gloria, entregóse con tal afán al estudio, que presto adquirió cuanto le faltaba para enseñar con provecho y lucimiento aquellas materias.

No pocas veces el ardor de los estudios agosta y marchita el verdor de la devoción; mas Gabriel tomó tales ayudas de costa para impedir lance tan calamitoso, que ántes los estudios le servían de acicate para correr veloz por la senda de la perfección religiosa. Para conservar fresco este espíritu no abandonó jamás las santas prácticas, aprendidas en el noviciado ni respecto á la oración y trato con Dios, ni respecto á la mortificación continua de sus pasiones y sentidos.

Con la licencia, que en la Compañía suele concederse, salía Gabriel á la portería á comer con los pobres, y fijando los ojos en el más desarrapado y sucio, á aquel escogía por compañero de plato para sazonar con aquella salsa la frugal comida. En la mesa era edificante su templanza, porque fuera de tomar comunmente lo peor de cuanto le ofrecían , dejaba siempre algo para los pobrecitos de Jesucristo. Como le sirvieran cierto dia un plato de pescado y él

lo dejara intacto, como en casos análogos tenía de costumbre, habiendo advertido el superior que Gabriel no comía, mandóle tomar de aquel pobre, bién que para él esquisito sustento; y el observante Escolar, que no ignoraba ser á Dios más acepta y agradable la obediencia que no los sacrificios, accedió sin repugnancia á la voluntad del amante Padre, ofreciendo al Señor el aroma de virtud tan preciosa en la comida de aquel regalo. Con tan edificante porte proseguia su escolasticado el siervo de Dios: así iba á terminar su repaso, atesorando riquezas de nuevos merecimientos, y disponiéndose cual convenía para la augustísima dignidad del sacerdocio.

No puede con palabras explicarse el contentamiento y alegría espiritual de Malagrida al oir de labios de los superiores el encargo de que se preparase para recibir las órdenes sagradas. Revestido ya del indeleble y divino carácter, era de notar como trataba de revestirse también de justicia y santidad para celebrar devotamente su primera Misa. Toda oración le parecía corta y ténue toda penitencia para disponerse á subir al altar santo y hacer descender de los cielos y tener en sus manos el Pan vivo y causador de eterna vida. Al compás de estos afectos era su agradecimiento por tan inmenso beneficio. El corazón no le cabía en el pecho henchido de amor y gozo indecibles; mas el celo que le abrasaba, le hacía suspirar por mayores bienes, bién que no tenía lindes el que gozaba; y estos bienes no eran

otros sino pobrecitas y extraviadas ovejas, que llevar á los piés del Pastor divino.

Temprano con todo vió satisfechas sus aspiraciones el novel sacerdote, porque poco despues de ordenado *in sacris,* salió junto con el P. Mariani á misionar en uno de los pueblos de la diócesis de Como. Era de ver la alegría con que, campanilla en mano, iba por las calles y plazas juntando el auditorio y echando saetillas para mover á penitencia. En esta salida evangélica fué su primera ocupación enseñar con mucha llaneza á los niños la doctrina cristiana, sin que se desdeñara de bajarse y medirse con la edad y cortos alcances de los que se llegaban á oirle; y luego, en los sermones de verdades eternas, que se le señalaron, manifestó las dotes de unción y elocuencia, de que el Señor le había adornado, sin que hiciera caudal ninguno de los aplausos, que se le rendían. En tanto si grande era su consuelo al dar comienzo á sus excursiones apostólicas, mayor, si cabe, fué el que inundó su alma al tocar los copiosos frutos, con que el cielo bendijo sus esfuerzos y oraciones.

Pero su corazón de apóstol ambicionaba mayores conquistas; otro era el norte de sus aspiraciones; otros y más vastos los campos, que se ofrecían á su vista y excitaban con mayor viveza su celo ardiente.

Cerrada la misión japonesa, donde sin sacerdotes ni altares permanecían miles de fieles firmes y constantes en la fe á pesar de las continuas y sangrientas persecuciones, con que

los tiranos pretendían sofocarla; cerrada, digo, la puerta de misión tan gloriosa, regada con la sangre de tantos héroes de la Compañía y de otras órdenes religiosas, muchos celosos operarios volvían sus miradas á las fértiles é incultas regiones de las Américas, ansiando ir también á regarlas con sus generosos sudores y con su sangre.

Los pueblos de Italia, decía Gabriel á menudo, *no carecen de obreros que la cultiven, ni de medios para recoger copiosa miés de salud eterna; por el contrario, más allá de los mares; cuántas y cuántas tribus y extensas provincias y dilatados reinos yacen aun sumidos en las tinieblas de la idolatría!* El feliz resultado, la abundante cosecha, que conseguían sus infatigables hermanos en aquellas incultas tierras, era en efecto consolador y capaz de inflamar y enardecer á todo pecho algun tanto amante de la extensión del reinado de Cristo.

En el Paraguay, á través de mil contratiempos y borrascas levantadas por parte de los indios y mucho más por la criminal malicia de los europeos, habian los Jesuitas llegado á formar numerosas reducciones, ó pueblos, célebres en toda la cristiandad por su cultura y adelantos materiales, que no solo por la inocencia y fervor, que en ellos florecían. Mas algunos españoles, codiciosos é inhumanos, como tenían los ojos puestos en la tierra y los corazones en la vanidad y en el oro, contraviniendo las órdenes terminantes de Felipe III, salían armados en busca de indígenas, como á

caza de fieras para robarles la libertad, y esclavizarlos en desdoro de la religión y ruina de las misiones. Lloraban aquellos Pastores dislates tan crueles é indignos, pero sus lamentos y sus quejas se estrellaban en la dureza de corazón de aquellos mercaderes de carne humana, y les atraían nuevos ódios y más encarnizadas persecuciones. Por el inquebrantable tesón y celo ardiente, con que el P. Luis de Montoya abogaba por la libertad de sus amados neófitos, sus émulos le persiguieron con detracciones las más atroces, y no pararon hasta verlo arrojado de su querida misión, donde habia reengendrado en Jesucristo á más de cinco mil infieles. Amargo era el cáliz, que hasta las heces y en silencio apuraban aquellos celosos Jesuitas, al contemplar desiertos sus campos y esterilizados sus trabajos por la crueldad de unos cuantos europeos, que con injustas vejaciones compelían á los indios á esconderse de nuevo en sus lóbregas selvas. Valor, y valor invencible era menester para no descorazonar en presencia de tales reveses y no desistir de tan caritativo empeño.

Pero ¿quién pondrá valladar á corazones inflamados en celo divino? Animados aquellos misioneros con los esclarecidos ejemplos del P. Luis de Montoya luchaban denodadamente contra todos los obstáculos, y á precio de fatigas y privaciones inauditas, y no pocos á costa de su vida, penetraban en aquellos densos bosques en busca de errantes idólatras, no para quitarles la libertad, sino para llevarles la de

hijos de Dios, y con ella repartirles el pan de la civilización cristiana.

Numerosas eran las reducciones, que entre tantos sinsabores habían ya formado, cuando nuestro celoso Apóstol, el P. Gabriel Malagrida, trataba de cruzar los mares para ir en ayuda de sus hermanos en la enseñanza de aquellas gentes. Las doce de los Chiquitos contaban veinte mil indios convertidos, diez mil las quince de Chaco, y más de veinte mil las treinta y dos de Guaranis, cuyo sostén y perfeccionamiento costaba incalculables sacrificios. Pocos años ántes que los hijos de S. Ignacio fueran arrancados de entre sus amados neófitos por el despotismo de Cárlos III, vieron todavía aquel suelo teñido con la sangre de los PP. Narciso Patzí y Antonio Eruaso, martirizados, en ódio á la fe, por los bárbaros infieles.

Con estos ejemplares encendíase el P. Gabriel en ardientes ánsias de padecer por Cristo; al leer los trabajos y hazañas de sus hermanos en las Américas su ánimo, no sufría prórogas, anhelando la realización de los propósitos hechos en el tiempo del noviciado. La organización de aquellos pueblos le entusiasmaba; sus resultados opimos le aguijaban sin respiro á procurar el mismo bien á otras partes, donde no habían penetrado aun las luces de la fe católica. Cuando recordaba que de las reducciones paraguayas tenía cada una sus escuelas, en las que además de leer y escribir se enseñaba á los indios la música con sumo primor, hasta llegar

á salir maestros y á celebrar los divinos oficios con armonías, esplendor y solemnidad, de que se habrían gloriado muchas catedrales de Europa, sentía enardecerse su espíritu y se consideraba trasportado ya en medio de los salvajes, obrando por el Evangelio iguales maravillas. Y en verdad ¿qué pecho bién nacido no se electrizara con centellas tales?

En todos aquellos pueblos había no solo oficiales de justicia y de policía, que velaban por la guarda del buen orden y de las leyes, sino tambien militares, ginetes é infantes, distinguidos no menos por su arrojo en los peligros que por su virtud y disciplina. En todas las reducciones estaban abiertos talleres de escultores, pintores, doradores, albañiles, sastres, tegedores, cerrajeros, de las artes todas y de todos los oficios útiles. Al llegar los niños á la edad de ser aplicados al trabajo, se los llevaba á los obradores, y allí se los destinaba al oficio, á que los observaban más inclinados ó mejor dispuestos. ¿Y quiénes fueron sus primeros maestros? Conviene que se publique para los que no lo sepan: fueron los mismos Jesuitas, los cuales no pocas veces gobernaban el arado, manejaban el escoplo, jugaban la lanzadera para animar con su ejemplo á los indios al trabajo. De esta suerte y bajo la dirección y planos de los misioneros levantaron iglesias, que pudieran rivalizar en solidez y belleza con las buenas de España y competir con las mismas por la riqueza y buen gusto de los ornamentos, labrados por los mismos indios.

La mendicidad estaba prohibida: y por un lado para estimular su natural pereza y remediar su imprevisión y prodigalidad tenían un depósito ó silo, llamado *Posesión de Dios,* de donde se les prestaba sin lucro, pero con obligación de devolverlo en tiempo de la cosecha; y por otro cabo, para castigar su desidia é incuria, se los obligaba á trabajar en los campos de reserva en compañía de otros más diligentes y de probidad conocida.

Estas y otras ventajas, estos y otros adelantos, que sería prolijo contar, deseaba el P. Malagrida junto con la fe llevar á otros pueblos todavía sin cultura cristiana ni civil. Con este objeto escribió al M. R. P. General Miguel Angel Tamburini, suplicándole encarecidamente que le mandase á las misiones del nuevo Mundo para la salud eterna de aquellos pobres, que yacían aun en las sombras de la muerte. Alabó el R. Padre su apostólico celo; y aunque por entonces no le permitió partir á aquellos lejanos países, dióle, sin embargo, esperanzas de que algun dia vería colmados sus ardientes votos.

Mientras tanto nombráronle profesor de humanidades en el colegio de Bastida en Córcega, y el obediente Padre correspondiendo al punto á la indicación de los superiores, emprendió el camino de aquel semillero de ciencia y de virtud. Es la enseñanza uno de los cargos que la Compañía de Jesús ha tomado siempre y en todas partes con mayor empeño por creerlo el medio más apto para la regene-

ración de los reinos. ¿De dónde viene el malestar y corrupción cada dia creciente de nuestro siglo, sino de haber penetrado en los colegios y universidades profesores ateos y corrompidos? Con mayor razón que San Bernardo con su discípulo el papa Eugenio III pudiéramos lamentarnos y exclamar: *Levanta los ojos de tu consideración y contempla las regiones, si no están ya más secas para el fuego que doradas para la miés. Cuántas que hubieras creido cargadas de fruto, miradas con detención, no tienen más que espinas! ¿Qué digo? Ni espinas siquiera: son árboles añosos y carcomidos, pero infructíferos, á no ser por ventura de bellotas y vainucas, pasto de cerdunos animales.* ¡Y todo esto por la mala educación de la juventud!

Penetrado, pues, Malagrida de la trascendencia de su cargo, lo desempeñó con tal celo, cual si fuera la única senda para el cumplimiento de la voluntad divina. Amaba á sus discípulos como prendas, que le había confiado el Altísimo, y con el cebo de adelantos literarios les infundía nuevos estímulos, que los movían á correr á la cumbre de la virtud. De las mismas materias, que trataba en clase, tomaba el inteligente maestro ocasión y pié para encarecerles ora la necesidad de velar contra los engaños y lazos del enemigo, ora los grandes precipicios, á que conducen las malas compañías, ora las dulzuras y paz de la buena conciencia; y sin convertir la cátedra de humanidades en púlpito sagrado, sin mermar en nada el amor y entusiasmo por las letras, sabía con

suma oportunidad introducir las razones, que hacen amable la virtud y odioso el vicio.

En cuanto á la aplicación al estudio, que sabía infundir en sus discípulos, baste decir que bajo su acertada dirección y contínuas vigilias hicieron estos tales progresos, que muchos de ellos, durante el curso, llegaron á componer dramas no despreciables, entre otros una tragedia latina titulada *Aman*, quedando satisfechos superiores y alumnos del saber, método y actividad incansable de tal catedrático.

Esto no obstante, el pensamiento de las misiones ultramarinas le seguía por todas partes: su corazón, más que en el colegio, vivía en los eriazos de las Américas, por lo cual no pudo descansar hasta haber renovado sus ruegos é instancias con el M. R. P. Tamburini para que le enviase á las ansiadas playas: y tales fueron sus demandas, que por último recabó la gracia por tanto tiempo suspirada, recibiendo la orden de juntarse con los misioneros, que debían salir para el Marañón dispuestos á sembrar allí la semilla del Evangelio. Indecible fué el júbilo, que embriagó á Malagrida con la facultad alcanzada. No se hartaba de bendecir al Señor por tan señalado beneficio, y no sufriéndole el corazón diferir el logro de sus ánsias, se embarcó en Génova con rumbo á Lisboa con el fin de estar allí presto para hacerse cuanto ántes á la vela y encaminarse á tan apartadas regiones, pertenecientes entonces al dominio de Portugal.

Con la regencia de D. Pedro y en el reinado

de su digno sucesor D. Juan V, el protector de las ciencias y de las artes y á la par bienhechor ilustre de las Iglesias, por lo que mereció de Benedicto XIV el renombre de *Fidelísimo*, parecían renacer en Portugal las glorias de Juan III, y florecer en todo el país frutos de prosperidad y de bonanza. En lo interior se embellecía la capital con edificios no menos útiles que grandiosos: en lo exterior volvía aquel reino decaido á recobrar su autoridad é influjo, y á ver sus colonias bendecidas del cielo. Allí afluían de todas partes las riquezas de manera que, segun asegura el cardenal Pácca, se podían aplicar á aquel pequeño rincón de la península ibérica las palabras de la Escritura dirigidas á Salomón: *Que en su tiempo la plata vino á ser tan trivial como las piedras.* Pues de las monarquías, lo mismo que de los individuos, se puede entender aquello del divino Maestro: *Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se dará por añadidura.* O mejor aquello: *La justicia levanta las naciones; mas el pecado rebaja los pueblos hasta la miseria.* No hay que dudarlo; nos lo enseña la historia, maestra de la vida: con la religión florecen los pueblos en dicha y prosperidad verdaderas; sin ella las riquezas fomentan la inmoralidad y los conducen á su ruina.

La época, pues, en que el P. Malagrida partió al Marañón, era para Portugal época de bonanza, por lo que podía prometerse toda protección y apoyo de parte del fidelísimo Príncipe; y en efecto, con estas halagüeñas promesas y esperanzas zarpó animoso á mediados del año 1721, tomando rumbo para el puerto de S. Luis, capital de aquel distrito.